

## Sociología del Trabajo

ISSN-e 2603-9710

<https://dx.doi.org/10.5209/stra.77122> EDICIONES  
COMPLUTENSE

Alberto Ansola Fernández. *Los pósitos de pescadores: Una inusitada aventura reformista (1917-1943)*. Santander: Ediciones Universidad de Cantabria, 2021, 214 pág., ilustr.

Por José Sierra Álvarez<sup>1</sup>

Muy al comienzo de este libro, en la página 13, Alberto Ansola relata, a propósito de su ya lejana tesis doctoral que se quedó “con las ganas de haber realizado paralelamente [a ella] una especie de diario o anexo para reflejar en él aspectos tan variados como las formas de acceso y de vaciado de las fuentes, las reflexiones científicas e intelectuales de las diferentes lecturas [...], las variaciones estructurales y conceptuales del proyecto inicial, e incluso las relaciones de mutua interacción entre la vida personal del autor y su trabajo”. Aquella pulsión frustrada, aquel deseo del antropólogo y del sociólogo de campo, parece haber anidado muy hondo desde entonces, *trabajando* sorda y eficazmente: como cicatriz, quizá como espina. Algo, pues, que había que sacarse (al menos sí, como es el caso, se es investigador *de raza* y, por tanto, se padece el serlo).

Lo que el autor se sacó, para beneficio del lector, es este libro. Y es quizá esa motivación la que permite entender su aparentemente atrabiliaria estructura: una “Introducción (y conclusión)”, a la que sigue un “Prólogo”, un “Desarrollo” y un “Epílogo”, como si de un drama en tres actos se tratase, acompañado, eso sí, de cuatro anejos que no aparecen dispuestos al final de la obra, sino como entreactos del teatro isabelino o entremeses del español seiscentista. No se alarme el lector: no es una broma, no; esa estrategia de presentación del material es funcional, enteramente funcional y, por tanto, necesaria, casi exigida si se acepta la convención narrativa de que, además de hablar de las cosas, se habla también de un trayecto hacia las cosas: de una jornada con caminos y descaminos, de una deriva, de una *démarche*. No se trata, pues, de un caleidoscopio postmoderno; es más bien la firme construcción de un objeto científico como poliedro, como articulación de facetas que definen un sólido: esa “inusitada aventura” de los pósitos de pescadores en la España de entre finales de la Restauración y el Primer Franquismo. Para prolongar la metáfora melvillianiana a la que se acoge expresamente el autor, se habla aquí de ballenas, pero también de persecución de ballenas; se habla aquí de Moby Dick y del capitán Ahab, pero se hace desde la voz de Ismael, el que sobrevive para contarlo.

El de Ansola es libro para ser leído, además de consultado. La Introducción define su objeto con decisión y llaneza: el estudio de las prácticas de resistencia y lucha de los pescadores, de las formas asociativas que ponen en pie y de su articulación con las políticas económicas, sociales y culturales implementadas al respecto desde los poderes públicos y sus alcaides. Un asunto, pues, medular de la Historia social, la vieja y la nueva: con razón, pues, a sus practicantes va dedicada la obra. Pero no sólo, pues busca sus lectores también entre los antropólogos: no en vano hace expreso “el deslumbramiento que me produjo descubrir, gracias a [...] Juan Luis Alegret [Tejero], [José Alberto] Galván Tudela y José Pascual [Fernández], las obras de la antropología marítima norteamericana” (en sentido riguroso, es decir, incluyendo la canadiense).

Es con esa caja de herramientas conceptuales y analíticas, pero también con las procedentes de los estudiosos de *la fuerza de los débiles* (James C. Scott, muy especialmente), con las que Ansola se adentra en el campo de trabajo (o, más bien, lo revisita años después), lo que hace de esa parte del libro un excelente estado de la cuestión, fino, útil y fértil, al tiempo que una autoindagación y, a veces, una autocrítica.

La ampliación de la mirada, del Cantábrico a las comunidades de todo el litoral español, le permite constatar la diversidad morfológica y temporal de las prácticas de resistencia, defensa y pelea del grupo, resultante de los diferentes ritmos y formas del cambio técnico, de la naturaleza de las pesquerías y, en suma, de la penetración del capitalismo en la actividad. Pero esa ampliación extensiva le permite también al autor identificar intensivamente algunos problemas científicos historiográficamente relevantes. Algunos son bien conocidos de la Historia social, como las dificultades de utilizar la pareja motín / huelga como índice de *modernización* (y aquí Ansola reutiliza algunos de los hallazgos de la Historia social de los movimientos campesinos); pero otros lo son menos. Aunque demasiado breve, aparece aquí una cierta indagación historiográfica acerca de las sospechosamente reiteradas alusiones a la “peculiaridad” de las comunidades de pescadores: “¿Por qué, para cualquier grupo profesional, la mera existencia de sociedades de resistencia, de cismas asociativos entre patronos y trabajadores, de huelgas y de conflictividad sociolaboral es más que suficiente para demostrar su movilización, concienciación o politización, y para los pescadores comportamientos

<sup>1</sup> Universidad de Cantabria, [jose.sierra@unican.es](mailto:jose.sierra@unican.es)

y prácticas semejantes siempre están sobrevalados por las dudas de los atavismos sociales, de los particularismos culturales o de las economías morales”? El estudio de los pósitos de pescadores, esa pulsación específica de un ciclo de prácticas sociales mucho más amplio, es la respuesta de Ansola: necesitábamos saber más y más, más cosas y cosas más concretas.

Y a eso se dedican los tres actos restantes. Como buenos actos que son, tienen orden cronológico (el último tramo del siglo XIX y primeras décadas del XX, las décadas de los años veinte y treinta y, para terminar, el repunte del Franquismo falangista) y tienen también, claro, personajes y protagonistas: Benigno Rodríguez Santamaría, Alfredo Saralegui Casellas y el marqués de Valterra. No es un hallazgo menor el arrancar cada uno de esos tres actos con bastante más que una semblanza de cada uno de tales actores y personajes. Es un recurso narrativo, sí (o más bien musical), que sostiene y aviva la atención del lector; pero es sobre todo, en cada caso, un hilo real, muy real que va ensartando las cuentas del análisis de cada período: el tiempo de Benigno, el tiempo de Saralegui, el tiempo del marqués.

Con material primario y una extraordinaria, completa y actualizada bibliografía, *el tiempo de Benigno Rodríguez* es estudiado por Ansola como lo que, litoral a litoral, podríamos denominar el arranque del capitalismo en el mundo de la pesca, sobre la base de la destrucción liberal del marco normativo del Antiguo Régimen: las organizaciones gremiales (cofradías, cabildos y hermandades), en 1864, y la Matrícula de Mar, en 1873. Tanto si es especialista en la materia como si no, el lector quedará fascinado de la precisión léxica de las diferentes modalidades que adopta, ya en ese marco liberalizado (es decir *forzado desde el exterior*), el cambio técnico en el ramo, tanto en materia de embarcaciones (y especialmente de su tracción) como de artes (y especialmente redes y su manejo) y procedimientos de conservación en origen o en trayecto, y también en lo que hace a la rápida andadura hacia un mercado de bases espaciales más amplias, a favor del ferrocarril, la carretera y el crecimiento urbano. En relación con el objeto específico del libro, ese proceso habrá de generar una transformación de lo que el autor denomina con razón (con *razón marxista*) las relaciones sociales de producción. Con una precisión conceptual envidiable, Ansola va desmenuzando el proceso de proletarianización y asalarización de los trabajadores del mar, así como la creciente segmentación entre marineros de altura y pescadores de bajura, y la intensificación de la división del trabajo vinculada a la aparición de nuevos oficios resultantes de la tracción de vapor (y luego de motor). El hilo del análisis, claro, son las formas de retribución del trabajo, especialmente complejas en la bajura y que, con el paso del tiempo y la empresarialización del ramo, habrá de conducir a una suerte de *sweating system*, en perjuicio del trabajo y en beneficio del capital muerto. Las consecuencias de ello en materia de realidades y horizontes de la vida obrera son irónicamente abordadas en forma de anejo, el primer entreacto, en donde, tomando como marco el litoral cántabro, se apunta hacia los rasgos familiares y comunitarios de gestión de la pobreza y de la miseria estacional o accidental, con un protagonismo destacado de las actividades complementarias, de las mujeres y de los niños, pero también de la caridad y filantropía de los notables locales o regionales. Ni por esas: a lo largo del tiempo de Benigno (que poco caso les hizo, él que tanto y con tanta penetración había sabido mirar todo lo demás), y especialmente en los años del cambio de siglo, “un nuevo asociacionismo y una nueva conflictividad se estaban instalando en la pesca” (p. 59). Los materiales del Instituto de Reformas Sociales, además de fuentes y bibliografía locales, sirven al autor para constatar el proceso a lo largo de las dos primeras décadas del XX, ponerle cara a las formas asociativas (mutualistas, corporativas y de clase, entreveradas como el jamón) y a los conflictos; y le permiten también, y sobre todo, identificar las diferencias modales y temporales del proceso entre los diferentes litorales y puertos, peninsulares e insulares. Es cierto que el balance de Ansola es discreto y ponderado, a la medida misma de la diversidad de matices en presencia; pero también es verdad que habrán de apreciarlo en lo que vale los investigadores de la escala regional y local y los comparatistas: es un marco nacional ya ineludible.

*El tiempo de Saralegui* es el tiempo del reformismo pesquero, el corazón o “Desarrollo” del libro. Era un apóstol, como tantos otros de ese ciclo de aceleración social y política que arranca con 1917 y se cierra con el final de la Segunda Guerra Mundial. No un apóstol obrerista, no (aunque, como ellos, mucho viajaba y mucho hablaba con unos y con otros); más bien un arbitrista tenaz, proselitista y persuasivo. Tanto, tanto que pudo hacer realidad (al menos, realidad *institucional*: Caja Central de Crédito Marítimo y luego Instituto Social de la Marina) su sueño de mejora y conciliación y pacificación social, anclado en bases ideológicas y estratégicas muy similares a las del coetáneo catolicismo social (especialmente el agrario, el de aquellos *propietarios muy pobres* con que nos regalase Juan José Castillo) y a las del corporativismo primorriverista (y a la economía social leplayana de un Charles Gide, por ejemplo), pero que supo atraerse igualmente a conspicuas personalidades y tramas del socialismo obrerista. Se trataba de un programa integral: del crédito a patronos y trabajadores al cooperativismo (de consumo y, menos, de producción), de la educación técnico-profesional al adoctrinamiento, de las instituciones de ocio antialcohólicas a la mejora y nueva construcción de viviendas de pescadores. Los anejos II y III dan cuenta cabal del alcance de la aventura en su arranque, al final de la dictadura de Primo, y en 1935, casi su final, cuando ya la terca realidad del conflicto de clase mostró sin ambages la condición de sueño de todo el proyecto corporativo e interclasista de pacificación social. Quien escribe estas líneas no es, desde luego, especialista en la materia; pero, dado el estrecho paralelismo (si es que no la estrecha relación) entre la dictadura de Primo y el fascismo italiano, a quien escribe le gustaría que Ansola abordase en el futuro la pesquisa acerca de cómo el fascismo gestionó problemas similares en los litorales italianos.

Aunque, bien mirado, quizá una de las respuestas implícitas se encuentre precisamente en el tercer acto del libro, *el tiempo del marqués de Valterra*, el tiempo de Pascual Díez de Rivera y Casares, el *saralegui* del Primer Franquismo, el falangista que obliteró encarnizadamente a Saralegui adoptando de tapadillo su programa, a pesar de que, en

palabras del propio marqués, se trataba de “hacer lo contrario de lo que hasta ahora se hizo” (p. 164) en materia de pesca y de pescadores, evidenciando a voces lo que de “contrarreformismo” había de haber en la materia. Una operación que, por lo demás, parece haber sido la norma y no la excepción en esos muy primeros años del franquismo, al menos si se consideran asuntos como el urbanismo o la arquitectura (es clamorosa y conocida, por ejemplo, la beligerantemente expresa renuncia a la opción de crecimiento de Madrid en torno al eje de la Castellana, definida desde 1929 y asumida con energía por Indalecio Prieto, y la apuesta por el frente falangista del labio occidental de la ciudad sobre el Manzanares, que a su vez será abandonada, de nuevo de tapadillo, en beneficio de la primera). Como en el caso de la *arquitectura nacional*, todo se fragua en Burgos en 1938, con el asalto del marqués al Instituto Social de la Marina, el regreso normativo a las viejas y ahora *patrióticas* cofradías (aunque de boquilla, y de acuerdo con aquella máxima según la cual la hipocresía es el homenaje que el vicio hace a la virtud, continuase hablándose de pósitos) y la puesta en práctica de un ampuloso programa social, de aire muy gironista e *italiano*. Todo quedó en poco y todo murió, incluso formalmente, en 1943, cuando el lobo de Stalingrado empezó a mostrar sus orejas al Franquismo falangista, y también cuando la política económica autárquica empezó a mostrar sus límites y, con ello, la necesidad de avanzar hacia una orientación netamente productivista en materia pesquera. El buen humor de Ansola le impide ahorrar al lector (que, en cambio, se lo agradecerá) algunas perlas inflamadas y grandilocuentes al respecto, fuesen de Valterra o fuesen de José Lledó.

Pero no todo fueron *parole, parole*. Ansola ha sabido ver desde muy pronto que, allí en donde el reformismo corporativista de décadas antes había fracasado respecto de sus proclamas, es decir en materia de mejora de la vivienda de los trabajadores del mar, el Franquismo falangista (e incluso el inmediatamente posterior) hubo de desarrollar un amplio programa de construcción de poblados de pescadores. A su frente estuvo, al menos hasta su apartamiento a mediados de los años 40, un arquitecto de la talla de Pedro Muguruza, el falangista que en Burgos se hubiera alzado a la Dirección General de Arquitectura. Y él (como también, por ejemplo, José Fonseca, el futuro *factótum* del Instituto Nacional de la Vivienda) conocía bien, muy bien, y ya de antes de la Guerra Civil, las realizaciones del fascismo italiano en materia de poblados de colonización agraria. El último y muy entretenido anejo o entremés de la obra está precisamente dedicado a hurgar en las entrañas concretas del casi increíble (para la época) y formidable estudio de base para Plan Nacional de Mejoramiento de la Vivienda de los Poblados de Pescadores, diseñado y encabezado por Muguruza. La pesquisa se topó con varios paredones archivísticos, entre los cuales el del aún impracticable Ministerio del Interior. El autor, sin embargo, es cabezón (o tenaz), y no renuncia a que en esos paredones se vaya abriendo alguna grieta. ¡Ánimo!